



PROFESION Y CULTURA

*L*a marcha de la Humanidad es una resultante de dos grandes fuerzas que han actuado, simultánea y estrechamente, tanto en el seno de las comunidades primitivas como en el de las sociedades más evolucionadas; ellas son el progreso científico-técnico en torno a los objetos y a los fenómenos naturales, y el desarrollo socio-cultural centrado en el hombre y en sus relaciones entre sí y con el mundo.

El factor predominante del progreso –con sus derivaciones directas en lo económico y en lo militar– es el conocimiento; en el desarrollo, por su parte, el factor preeminente –con sus derivaciones socio-políticas de consolidación, perfeccionamiento y trascendencia– ha sido la cultura. En las instituciones se hace evidente una dualidad similar; el conocimiento profesional es el elemento que capacita individual y colectivamente, y la cultura profesional es la trama global que les da identidad, permanencia y proyección.

En atención a que el conocimiento, hoy por hoy, cuenta con el respaldo generalizado de la comunidad naval y constituye, de hecho, la preocupación preferente de las actividades de instrucción en el seno de nuestra institución, es

conveniente analizar, aunque sea muy de vez en cuando, la significación de la cultura en el ámbito profesional.

A este respecto debemos considerar que la expresión "cultura" tiene dos acepciones principales: la cultura como fenómeno en sí y la cultura como atributo personal. La primera es el conjunto de valores, creencias, logros intelectuales, manifestaciones artísticas y técnicas generalizadas que caracterizan a una determinada sociedad o civilización o, en términos más restringidos, a una actividad humana específica de gran permanencia y significación en ellas, como –por ejemplo– la milicia, la marina, la iglesia, la docencia, la magistratura o la diplomacia.

Por otra parte, cultura como atributo personal es la conceptualización clara y profunda del devenir histórico y la apreciación valorativa que cada cual tiene de las obras descollantes que la Humanidad ha producido en los campos de la ciencia, religión, filosofía, derecho, ética y estética, y que le permite madurar y plantear interpretaciones propias –que conllevan una íntima definición– sobre los tópicos fundamentales de la vida personal y del entorno social, nacional y mundial; es la llamada cultura general. Cuando es referida a un ámbito sectorial, como los antedichos, se la designa como cultura profesional y abarca los mismos temas básicos de la cultura, pero aplicados al campo de las actividades específicas correspondientes.

La cultura, así, aspira a la comprensión esencial de los máximos logros en las disciplinas fundamentales, incluidas las categorías fundamentales de las ciencias; se interesa especialmente por las Humanidades; por el hombre como persona dotada de conciencia, imaginación y voluntad; por las ciencias humanas y por aquellas ciencias sociales orientadas tanto al estudio de las comunidades unidas por valores esenciales compartidos, como al análisis de sus relaciones y de sus formas de inserción en la gran sociedad humana y en el ámbito geográfico mundial. Tiende a la armonización de todas las disciplinas y fomenta el perfeccionamiento personal. Su campo es el espíritu de las personas y el alma de los pueblos. Considera disciplina-eje a la historia.

La institución naval se nutre de jóvenes que se aprestan a capacitarse para una carrera que es muy exigente en cuanto a técnica y a conducción de organizaciones humanas de compleja estructura y duras condiciones de acción; además, es una profesión de carácter público, con profundo sentido tradicional y elevada representación nacional.

De acuerdo con la tendencia general imperante, la educación institucional pone énfasis en el conocimiento profesional, el que es deliberadamente orientado a proporcionar una firme plataforma científica que sustente a una amplia visión tecnológica y a una variada aplicación técnica. La vertiente cultural de la educación naval, a nivel escuelas matrices, está apoyada en la base cultural aportada por cuantos sortearon exitosamente una rigurosa selección de ingreso, y se preocupa –en primer término– de la cultura profesional, con énfasis en los aspectos éticos y en los históricos; los temas remanentes de la cultura general se cultivan en numerosas y variadas actividades complementarias.

Las exigencias del conocimiento no dejan de presionar al joven profesional del mar a lo largo de toda su carrera, pues los medios de combate navales demandan crecientes especializaciones que, de paso, estrechan día a día el campo específico de las actividades individuales. Así, fuera de la participación en actos y celebraciones tradicionales, no es mucho el tiempo disponible para incursionar en el ámbito estrictamente cultural, que –por lo demás– se hace cada vez más necesario, precisamente por el ya señalado estrechamiento del campo profesional específico. El factor embarco complica en cierta medida el panorama en torno al acervo cultural, el que se aclara algo por aquella compensación –un tanto aleatoria– de los viajes o permanencias en el extranjero, factor indudablemente favorable en la medida que se posea una base cultural previa que genere el interés correspondiente para ampliarla y consolidarla a un nivel superior. En este mismo sentido es frecuente, también, aprovechar las actividades culturales del país, sobre todo por parte de los oficiales de rango medio y superior, al tanto de los actuales requerimientos de ese orden que les imponen su

indelegable responsabilidad de mando, su exigente participación social y su directa representación nacional, y conscientes del surgimiento, a mediano y largo plazo, de aún mayores exigencias de este carácter frente al vigente ordenamiento institucional de la República.

* * *

Ahora bien, en un ámbito ya más general, como es el del mundo de hoy, en que el “conocimiento-especialización” alcanza un elevado y acelerado ritmo de avance, y la “cultura-conciencia de ser y de destino” queda relegada a posiciones de menor gravitación, se va produciendo un imperceptible deterioro en el seno de las instituciones y de las naciones, que las hace proclives a caer en situaciones de eficientismo insubstancial que da paso a un proceso de alienación sucesiva: pierden primero, por imitación irrestricta, el sentido de identidad, y luego, por indefinición, inhiben su capacidad creadora y se entregan sin lucha a designios extraños.

La cultura se alza así como el elemento fundamental que orienta la dirección y regula la marcha de toda organización humana digna de persistir, trascender y proyectarse. Al sustentarse en ella se evita que la mera capacidad de avance adquiera validez por sí misma y devenga en un tecnicismo extensivo y envolvente que llegue a transformarse, en su culminación, en un tecnocratismo trasnacional intrínsecamente instrumental, pero arrasante y dominador.

Tal enfoque es absolutamente válido en el ámbito de nuestras actividades institucionales, donde el proceso de perfeccionamiento individual y colectivo debe armonizar los necesarios avances técnicos con la formación de una sólida cultura profesional y general. Por medio de tal equilibrio –que es dable alcanzar conciliando los estudios técnicos de carácter oficial con los esfuerzos culturales de orden personal– se logra que en la mente de todo marino surja y perdure una concepción integral de sí mismo, de su carrera y de su institución, que incluya, por una parte, una perfecta capacitación funcional y, por otra, una predisposición conductual sustentada en valores culturales matrices, tanto de

indole naval-universal como institucional-nacional. Todo ello es lo que da al servicio naval y a la carrera naval, sentido, forma y estilo.

Especial significación adquieren los conceptos anteriores a nivel nacional, pues nos señalan que para captar la realidad histórica de nuestro tiempo no sólo hay que dominar la compleja trama de fórmulas y mecanismos, sino saber mirar al mundo con un espíritu enriquecido por las grandes pautas de la cultura.

De esa perspectiva se desprende que el progreso por sí solo, con todo lo valioso que es, no satisface plenamente las demandas de los pueblos, sino que hay que alcanzar, simultáneamente, un desarrollo auténtico. Esto último implica no sólo salvaguardar los elementos esenciales de territorio y soberanía, sino, además, respetar las características de nuestra forma de vida –otra faceta de nuestra herencia histórica acumulada por los aportes de tantas generaciones pretéritas, cuya inextricable y dinámica integración le da un sello inconfundible– que el progreso no debe opacar ni, mucho menos, trocar, sino, por el contrario, afianzar, pulir y destacar.

Por eso es tan importante saber distinguir cuáles son los valores culturales que la nación debe perfeccionar, cuáles los que no puede transar –porque compromete su existencia– y cuáles los que no puede traspasar, pues violenta su esencia. Todo lo anterior obliga a conocer cabalmente nuestra cultura, tanto en lo general, descrita como occidental y de inspiración cristiana, como en lo particular, conformada por toda la riqueza de sus raigambres vernáculas, hispánicas y europeas, amalgamadas en el crisol fundente de la historia patria.

Afortunadamente, este inevitable desafío cultural, así como requiere dedicación oportuna y sistemática, da también satisfacciones profundamente enriquecedoras, que se van disfrutando en la misma medida del empeño personal puesto para alcanzar tal meta. Esas ´complacencias logran

su máxima plenitud en la comprensión reveladora del decurso histórico de la Humanidad y en la aprehensión firme de aspectos culturales claves, como son las verdades fundamentales de las diferentes ciencias, los edificantes análisis teológicos, los orientadores planteamientos filosóficos, los trascendentes principios jurídicos, los esenciales valores éticos y, junto a ellos, la grata percepción de las deslumbrantes manifestaciones estéticas que forman el legado artístico universal, todo lo cual, en estrecha y admirable correlación, forma el complejo y magnífico mundo de la valiosa y fecunda cultura general.

